

MUNDIALIZACIÓN INFORMATIVA Y CONVIVENCIA INTERCULTURAL

Dominique WOLTON, *La otra mundialización. El desafío de la cohabitación cultural global en red*, Gedisa, Barcelona, 2004.

La globalización sin valores ni regulación es un factor de guerra y es la política con mayúsculas, no la economía ni la confianza ciega en la inercia tecnológica, la llamada a gestionar las relaciones entre identidad, cultura y comunicación en un mundo globalizado. Al empeño de pensar las condiciones de la globalización en materia de comunicación y cohabitación intercultural se aplica Dominique Wolton en *La otra mundialización*. Director de investigación en el francés CNRS (Centre National de Recherche Scientifique), donde dirige el proyecto *Comunicación y política*, Wolton plantea la necesidad perentoria de desactivar el que califica de triángulo infernal *identidad-cultura-comunicación* para evitar, así, el enfrentamiento entre culturas.

El fenómeno de la globalización informativa ha convertido el mundo en una aldea de dimensiones reducidas, pero esa globalización puramente técnica no es tal en el plano social y de la cultura. Ciertamente, el Otro no es ya abstracto y lejano, una realidad etnográfica distante; merced a la proximidad instantánea que nos proporcionan los medios de información el Otro está omnipresente en nuestras vidas, inmediato, pero no por ello más familiar y comprensible. En línea con la tesis ya desarrollada en *Internet ¿Y después?*, a propósito de la ingenuidad de creer que Internet supone una revolución no sólo técnica sino cultural, Wolton sostiene que las telecomunicaciones, la interconectividad informática y las megaindustrias culturales generan y hacen circular más y más información, pero sin mejorar la comunicación entre culturas. Ciertamente, existe mundialización técnica en materia de información, pero no comunicación mundializada.

La aparente paradoja de un mundo cada vez más informado pero menos comunicado se explica por la radical discontinuidad entre emisores y receptores y por la inicuidad de un orden informativo mundial, cuya asimetría fue ya

denunciada en el Informe McBride, elaborado por la UNESCO en los años ochenta. Fiados de su superioridad tecnológica, los creadores y diseminadores mundiales de información —localizados casi exclusivamente en el Norte desarrollado— creyeron posible enviar el mismo mensaje a todo el mundo y que fuera recibido de la misma manera por todos. Sin embargo, y sirva a título de ejemplo, el éxito fulgurante de la cadena de televisión Al Jazira en el mundo árabe viene a ilustrar la actitud de unos receptores del Sur que rechazan una información acuciada en el molde ideológico occidental.

LA ILUSIÓN COSMOPOLITA

El empuje de la globalización económica con su propuesta ultraliberal de desregulación de los mercados y *jibarización* de los estados nacionales ha difundido en Occidente lo que Wolton califica de *cosmopolitismo de aeropuerto*: la idea de que las culturas deben abrirse, tomar préstamos y diluir sus rasgos de identidad particulares como meros atavismos del pasado. Pero, por más que todo el mundo se vista de la misma manera, disfrute de la misma música o contemple idénticas películas y programas de televisión, la desaparición de las diferencias interculturales no es más que una ilusión compartida por una elite mundial. Aún más: la atracción por la cultura occidental que se ha vivido en el Sur está dejando paso a la insatisfacción por la pérdida de referencias propias y por la sensación de atropello y avasallamiento. El crecimiento del *partido del odio* contra Norteamérica y Europa en los países árabes es indicativo fiel del fenómeno de reactivación de las identidades culturales particulares.

A partir de esta constatación la cuestión política central será saber de qué manera se va a producir ese viraje hacia la identidad. Al respecto, el investigador francés plantea dos posibles caminos: por un lado, la *identidad cultural-refugio*, que reacciona contra el exceso de apertura y la pérdida de referentes, y que puede conducir a una forma cultural agresiva tanto en el plano religioso como en el político-social; y, por otro lado, la *identidad cultural relacional*, que aún preservando las señas particulares, se presta a la

comparación y la alteridad y defiende un proyecto político de pluralismo constructivo democrático, respetuoso con los derechos humanos. Ésa es justamente la apuesta: recuperar la centralidad de la política para construir la identidad cultural en clave relacional y evitar, así, la proliferación de identidades culturales excluyentes y encerradas en sí mismas.

UNA PROPUESTA A LA FRANCESA

El planteamiento del director de la revista *Hermès* aprovecha la experiencia francesa en sus relaciones con las regiones de ultramar, las antiguas colonias y los territorios francófonos y reivindica algunas de las claves de la política cultural gala de los últimos años. En claro desacuerdo con las posiciones de notables teóricos de la *sociedad de la información* como, por ejemplo, Manuel Castells, Wolton nos invita a vencer la fascinación por la tecnología y a admitir que los avances tecnológicos y la desregulación de los mercados no favorecen, *per se*, el diálogo entre culturas; y frente a los ultraliberales que postulan su reducción al mínimo, reivindica el papel del Estado como instrumento básico de la cohabitación cultural (en el interior de sus fronteras y en su relación con otros Estados) y de la gestión de la heterogeneidad y la alteridad. Es ese mismo Estado el que debe promover el laicismo, desanudando el peligroso lazo que vin-

cula el poder político y el poder religioso en ciertas tradiciones. Corresponde también al Estado la preservación de las industrias culturales nacionales como salvaguarda de la cohesión y la vertebración de la sociedad (sin mencionarlos expresamente, resuenan aquí los ecos del célebre informe de Simon Nora y Alain Minc *L'Informatisation de la Société* y las preocupaciones del propio Wolton, expresadas en fecha tan temprana como 1979 en el artículo «Do you love your DVT?», publicado en *Columbia Journalism Review*).

Finalmente, la integración de los inmigrantes en nuestras sociedades está también entre los compromisos inaplazables: reconocimiento de las aportaciones de la inmigración a nuestro propio bienestar y reconocimiento pleno de sus derechos políticos. ¿Y Europa? El proyecto de la unificación europea es un experimento democrático de convivencia cultural en tiempo real. Pero la guerra de la antigua Yugoslavia —una Europa en miniatura en la que convivían distintas etnias, lenguas, religiones y visiones del mundo— ejemplificó con crudeza el fracaso de la democracia y el triunfo de las *identidades-refugio* excluyentes. Impedir que estos hechos se repitan y desoír los cantos de sirena del populismo al modo lepeniano es el desafío, el desafío político naturalmente.

Rodrigo Fidel RODRÍGUEZ BORGES

